

II CONCURSO DE
RELATOS
«EL LEGADO DE
SANCHO PANZA»
2025

Relatos finalistas (10)



SOCIEDAD CERVANTINA
DE ALCAZAR DE SAN JUAN



DIPUTACIÓN DE
CIUDAD REAL

El Legado
de
**Sancho
Panza**

ACTA DEL FALLO DEL JURADO DEL CONCURSO DE RELATOS «EL LEGADO DE SANCHO PANZA»

II EDICIÓN - 2025

En Alcázar de San Juan, siendo las 20:00 horas del viernes 7 de noviembre de 2025, en la sede de la Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan, de esta ciudad, se reúne el Jurado de la segunda edición del concurso de relatos «El legado de Sancho Panza», cuyos componentes se citan a continuación, para proceder al fallo del mismo, bajo la presidencia de D. Juan Bautista Mata Peñuela, presidente de esta Sociedad:

Presidente: D. Juan Bautista Mata Peñuela

Vocales: D. Carlos Mata Induráin

D^a. Estrella Blanco Escalera

D. Luis Miguel Román Alhambra

D. Alonso M. Cobo Andrés

D. Enrique Lubián Pozo

D. Constantino López Sánchez-Tinajero

Secretario: D. Manuel Rubio Morano

El Jurado agradece a los **participantes de 22 países**: España. Argentina, Colombia, México, Chile, Cuba, Venezuela, Reino Unido, Brasil, Perú, Uruguay, Bolivia, Ecuador, Portugal, Bélgica, Costa Rica, Estados Unidos, Guatemala, Italia, Kuwait, Nicaragua y Panamá (por orden del número de participantes); el interés demostrado en esta convocatoria literaria de carácter internacional.

Tras haber procedido en fechas anteriores a la lectura de los **439 trabajos presentados al Concurso**, y tras haber evaluado detenidamente los **21 trabajos seleccionados para la fase final**, los miembros del Jurado intercambian sus pareceres y

DECIDEN

Otorgar los siguientes premios, distinguiéndolos con Diploma a cada uno de los finalistas:

- 10.- **Javier Ortega Santos** – *Memoria de gigantes* (Madrid, España)
- 9.- **Manuel Fernández de la Cueva Villalba** – *El libro de Sancho* (Corral de Almaguer, España)
- 8.- **Marcelo Iozzi Ayerbe** – *Tribulaciones de un tal Sancho* (Barcelona, España)
- 7.- **Laura Martínez** – *A Sancho* (Cangas de Morrazo, España)
- 6.- **Silvia Carús** – *Enseñanzas de Sancho Panza* (Faro, Portugal)
- 5.- **Abel Villegas Marín** – *Sancho Panza y las verdades del camino* (Guayaquil, Ecuador)
- 4.- **Miguel Rafael Pérez Hernández** – *Sancho y la sabiduría que dibuja espirales* (Santana do Livramento, Brasil)
- 3.- **Pedro Maya Álvarez** – *Caballeros en la eternidad de los soñadores* (Dos Hermanas, España)

También deciden otorgar el **segundo premio dotado con 300 euros y Diploma**, a **Emmanuel Guerra Martos** (Mairena del Aljarafe, España), por “*Sancho en los tiempos revueltos*”.

Relato que aborda la crítica a la sociedad y los valores actuales desde la perspectiva atemporal y la sabiduría popular de Sancho Panza. Se centra en la comparación entre la "locura" quijotesca del pasado y las "locuras" del presente, especialmente en el uso de la tecnología y la superficialidad de las relaciones humanas y los debates sociales. En resumen, se trata de un relato muy logrado que consigue traer a un personaje clásico a la actualidad, usándolo como un espejo para reflexionar sobre nuestras propias "locuras" y la pérdida de valores esenciales en la sociedad contemporánea.

Y deciden finalmente, otorgar el **primer premio dotado con 800 euros y Diploma**, a **Maximino Soriano Peralta** (Albacete, España), por su obra “*Capítulo LXXV*”.

El trabajo ganador narra las experiencias y pesares de Sancho Panza durante su gobierno en la ínsula Barataria, centrándose especialmente en los problemas causados por cortesanos ociosos que buscan medrar a costa del poder ajeno. El asunto principal es la lucha contra la corrupción, el abuso y la indolencia en la vida pública; Sancho, lejos de ser un simple burócrata, debe enfrentarse a los “parásitos” que

intentan lucrarse sin trabajar. El relato es, en esencia, una reflexión sobre el “gobierno justo” y los peligros que acechan a quienes ejercen el poder sin prever las trampas de la ambición ajena y la retórica vacía, encarnado en la figura entrañable y sagaz de Sancho Panza, cuya humanidad resalta como modelo ético y literario, todo ello con una maestría lingüística y una profundidad temática admirables.

El jurado destacó la **alta calidad literaria** de los textos presentados, que abordan desde múltiples perspectivas la esencia del personaje creado por Cervantes, demostrando su permanente actualidad y su capacidad para inspirar nuevas lecturas del mundo moderno.

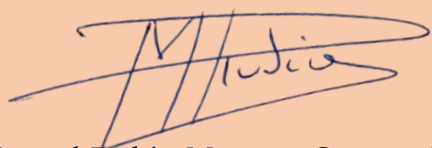
La Junta Directiva de la Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan, se ha puesto en contacto con los finalistas a fin de hacerles partícipes del resultado del concurso de forma individual, tal como se recoge en el apartado 12 de las Bases del Concurso.

El presidente del Jurado, antes de dar por concluida la reunión, agradece a todos los componentes del mismo su valiosa aportación para que este Concurso haya resultado una excelente relevancia, que haya alcanzado gran difusión y se haya extendido su notoriedad con participación de muchos escritores de todo el mundo, agradeciendo muy encarecidamente a todos los autores el envío de sus creaciones literarias.

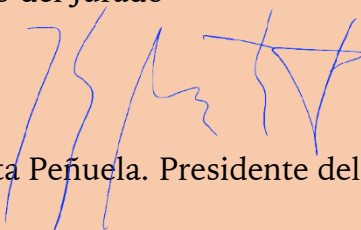
También informa que, tal como se había anunciado a los participantes (mediante diversas publicaciones en redes sociales), la lectura de este Acta con el Fallo del Jurado, se transmitirá en directo, a través del perfil de Facebook de la Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan:

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100007940075912>

Y siendo las 23:10 horas del día arriba señalado, el presidente del Jurado da por concluida la reunión del Jurado Calificador del precitado Concurso, del que, como secretario del mismo, doy fe y levanto la presente acta, que suscribo y que se rubrica también con el visto bueno del presidente.



Fdo.: Manuel Rubio Morano. Secretario del Jurado



V.º B.º, Juan Bautista Mata Peñuela. Presidente del Jurado

Primer Premio 800 euros y diploma

MAXIMINO SORIANO PERALTA (Albacete)

«Capítulo LXXV»

DONDE SANCHO PANZA RELATA LAS PESADUMBRES QUE LE DIERON CIERTOS CORTESANOS OCIOSOS Y SU DESEO DE VIVIR A COSTA AJENA EN LA ÍNSULA BARATARIA

Un año ha de la muerte del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha. No pocas veces, después de su regreso al lado de su amo, Sancho Panza solía rememorar las cuitas y parabienes de su gobierno en la Ínsula Barataria. Y aunque de los parabienes siempre se hablaba con donaire y agrado, no eran pocas las veces en que la memoria le traía a cuento las espinas y los sinsabores. Una tarde, al calor de la lumbre en casa de la sobrina de Don Quijote, y tras la insistencia de esta y del bachiller Sansón Carrasco, Sancho se animó a desvelar un capítulo de su ínsula que, por pudor o por hastío, no le dio tiempo de desvelar a su señor.

"¡Ay, señor bachiller, ay, sobrina! Si pensáis que en aquel gobierno todo fueron manjares servidos por doncellas y sentencias que daban lustre a mi nombre, bien engañados andáis.

Que si la honra me sobró, no me faltaron las cuitas, y más por cuenta de ciertos personajes que, como moscas a la miel, acudieron a mi ínsula en cuanto corrió la voz de que un gobernador nuevo, y para colmo, escudero, había tomado las riendas."

Sancho carraspeó, se ajustó el bonete y prosiguió con voz más grave: "Veréis, que no había pasado una semana desde que me senté en aquella silla, que más parecía trono de espinas que asiento de poder, cuando comenzaron a aparecer por los caminos de Barataria unos tipos empolvados, con plumas en los sombreros y espadas que más parecían de adorno que de guerra. Decían venir de la corte de los Duques, mis señores, a 'asesorarme' en los menesteres del gobierno."

El bachiller, que gustaba de la retórica, interrumpió: "Ah, Sancho, ilos clásicos aduladores y paniaguados que buscan medrar a la sombra del poder!"

"¡Eso mismo, bachiller, eso mismo! ¡Paniaguados y pedigüños, que no otra cosa! Eran unos cuatro o cinco, con caras de no haber sudado jamás una gota por trabajo honrado alguno. Se presentaron con grandes reverencias y palabras melosas, diciéndome que eran 'hombres de mundo', y que, sin sus consejos, mi gobierno sería como barco sin timón. Que ellos sabían de 'etiqueta cortesana', de 'protocolo diplomático' y de 'artes de la persuasión', que eran, a su decir, fundamentales para el buen manejo de la ínsula."

"Yo, que como sabéis, soy más de pan que de palabras, les di aposento y comida, pensando que, a lo mejor, alguna cosa buena se podría aprovechar. ¡Pero qué equivocado estaba! Estos caballeros no hacían otra cosa que holgar-, comenzaron a darme más trabajo que diez pleitos juntos."

"El primero de sus males era su lengua. ¡Dios bendiga a mi Teresa, que con dos palabras me decía lo que había en su alma! Pero estos, ¡ay, estos! Se pasaban el día entero enfrascados en disquisiciones sin ton ni son. Que si 'la conveniencia de tal o cual medida', que si 'el decoro de la investidura', que si 'la armonía de los humores sociales'. ¡Palabras y más palabras, que a mí me sonaban a ruido de cencerro en una campana! Cuando les pedía una opinión clara, me soltaban un galimatías que ni el mismo Salomón habría desentrañado. Y todo para no decir nada, para que pareciera que sabían mucho."

Sancho hizo una pausa y tomó un trago de vino. "Pero lo peor no era su verborrea. Lo peor era su hambre insaciable y su desmedido deseo de vivir del cuento. ¡Pensaban que gobernar era un festín perpetuo! Nada más levantarse, ya estaban preguntando por el desayuno, y no valía el pan y las aceitunas de mis labradores, ¡no! Pedían bizcochos de monja, jamón serrano de la mejor pata, vino añejo y, si me apuraban, hasta ostras traídas del mar. Y a mediodía, lo mismo. Y por la noche, cena de tres platos con postre y confites."

"Yo, que estaba empeñado en el ahorro y buen gobierno, les decía: 'Señores, que la ínsula es pequeña y sus arcas no dan para tantos lujos. Aquí comemos lo que la tierra nos da. Pero ellos se miraban con desdén y cuchicheaban entre sí, diciendo que estaba 'deshonrando la dignidad del cargo'. ¡Como si la dignidad estuviera en el plato!'"

"Y no contentos con el festín, querían más. Uno de ellos, un tal don Cuasípides con más ínfulas que un pavo real, me propuso que creáramos un 'Consejo de Asesoramiento Supremo', y que para ello se les asignara un sueldo 'acorde a su valía', además de un coche de caballos, criados y aposentos de lujo. ¡Y todo esto, amigos, por 'pensar' y 'aconsejar'! ¡Como si pensar no costara más que un esfuerzo de la mollera!"

"Pero lo que colmó mi paciencia fue su intento de meter mano en la justicia. Un día, llegó un caso de un labrador que se quejaba de que un rico vecino le había robado unas ovejas. Yo, con mi ciencia solariega, escuché a ambas partes y di sentencia justa, devolviendo las ovejas a su dueño y multando al ladrón. Pues bien, estos 'consejeros' se me acercaron después, con caras de reproche. 'Señor gobernador', me dijo uno, '¿cómo es posible que hayáis fallado contra un caballero de fortuna? ¿No sabéis que los ricos tienen más influencia y que es mejor tenerlos contentos? Esa multa es un agravio. Deberíais haberle perdonado la falta y quizás así os hubiera obsequiado con algún presente'."

"¡Ahí sí que me hirvieron las tripas, que las tengo de vinagre y no de aceite! Les respondí con voz de trueno: '¡Miren, caballeros! En esta ínsula, la justicia es ciega para los ricos y para los pobres. Y si alguno quiere obsequiarme, que sea con su honradez y su buenos hechos, y no con dineros mal habidos por tratos sucios. Que yo no vine aquí a llenarme los bolsillos, sino a vaciarme el alma en servir a este pueblo, como me aconsejó mi amo y señor Don Quijote, que, aunque loco, en esas cosas tenía más juicio que todos vuestros libros y protocolos juntos'."

"Aquel día, la cosa se puso fea. Ellos, viendo que no les daría un céntimo de más ni un puesto de provecho injusto, empezaron a murmurar más fuerte y a extender la voz entre la gente de que yo era un 'déspota' y un 'avaro'. Me hacían la vida imposible con sus quejas, sus demandas, sus aires superiores y sus insaciables apetitos."

Sancho suspiró hondo, y se echó la mano al pecho. "Fue entonces cuando me di cuenta de que, si bien la lanza de mi amo combatía gigantes y malhechores con arma en mano, mi batalla era contra estos parásitos que, con palabras huecas y estómagos llenos,

querían chupar la sangre del cuerpo de la ínsula sin aportar nada. Y no creáis que la lucha fue fácil, que la lengua de un ocioso es más afilada que espada toledana."

"Al final, bendito sea Dios, me libré de ellos, que no de otra forma podía seguir adelante con mi gobierno sin que la ínsula se fuera al traste por culpa de sus exigencias. Les di a entender, con la mayor cortesía de la que fui capaz, que sus 'valiosos consejos' ya no eran necesarios y que, si su deseo era gozar de la opulencia, mejor buscaran otro gobernador más dado a las trapacerías. Y así, con sus narices torcidas y sus barrigas medio vacías de los manjares que esperaban, se marcharon, dejando un aire de chismorreos y leche agriada que tardó en disiparse."

"Así que ya lo sabéis, amigos", concluyó Sancho, mirando a sus oyentes con una chispa en los ojos. "Gobernar no es solo mandar, sino también librarse de los parásitos. Que hay más peligros en los salones y los despachos que en los campos de batalla, y más veneno en las lenguas de los ociosos que en la picadura de un alacrán."

No me dio tiempo a contar este relato a mi señor Don Quijote, que Dios tenga en su gloria "

Y con estas palabras, Sancho dio por concluido su relato, dejando a sus oyentes con la imagen de un gobernador que había batallado no contra molinos de viento, sino contra la más insidiosa de las plagas: la de la indolencia y la corrupción vestidas de cortesía.

Segundo Premio, 300 euros y diploma

EMMANUEL GUERRA MARTOS (Mairena del Aljarafe, Sevilla)

«Sancho en los tiempos revueltos»

Dicen los sabios —y no faltará alguno que me contradiga— que ya no quedan caballeros andantes en el mundo. Que todo eso de lanzas y yelmos es cosa de libros viejos y de gentes soñadoras. Y yo, que fui escudero de uno de los más grandes y más locos, digo que caballeros no faltan: lo que sobran son disfraces. Porque ahora no visten armaduras de hierro, sino trajes con corbata o camisetas con consignas; no cabalgan Rocinantes flacos, sino coches que se conducen solos; y en lugar de lanzas llevan móviles, donde el dedo es la lanza y el escudo es una pantalla de cristal.

Si el buen don Quijote levantara la cabeza y viera este siglo, no sabría si reír de gusto o llorar de pena. Y seguramente haría ambas cosas, porque para cada molino que desaparece, nacen diez gigantes disfrazados de progreso. Antes peleábamos con sombras que se agitaban al viento, y ahora la gente pelea con sombras que ellos mismos encienden en las redes. Gigantes de palabras huecas, ejércitos de opinadores, caballeros de teclado que prometen justicia en dos frases y olvidan cumplirla en tres.

Y yo me pregunto: ¿de qué sirve tanto ruido si al final falta pan en la mesa de muchos? Porque eso sí lo sé: con discursos no se llena la barriga, y el hambre no entiende de promesas. Yo, que nací pobre y he vivido con más callos que monedas, aprendí que el sentido común vale más que todos los libros juntos. Pero el mundo moderno parece haber cambiado el sentido por el espectáculo, y la cordura por la prisa.

En mi tiempo, don Quijote veía gigantes donde había molinos, y yo me desgañitaba explicándole que eran aspas y no brazos. Ahora, sin embargo, pienso que los modernos hacen al revés: ven molinos donde hay gigantes. Tienen en las manos la fuerza de mover el mundo con tanto ingenio y tanta ciencia, y la gastan en mover con un dedo las caras de otros en una pantalla. En lugar de cambiar la realidad, se conforman con cambiar de canal. Y digo yo: ¿no es más locura dejar que el mundo arda mientras uno discute sobre las cenizas?

No digo que el ingenio sea malo, Dios me libre. Bienvenida sea toda invención que alivie la fatiga del jornalero y haga más llevadera la vida. Pero si el ingenio no sirve para dar de comer al hambriento, para que el rico se acuerde del pobre y el poderoso del olvidado, entonces no es ingenio, sino necedad bien adornada. Y de eso, créanme, ya iba sobrado el mundo en mis tiempos.

Recuerdo a mi señor don Quijote cuando me hablaba de justicia, de defender al débil y socorrer al menesteroso. Yo le respondía que no bastaba con palabras, que había que llenar la alforja y repartirla. Y él me decía que cada palabra justa era un pan futuro. Y aunque yo no entendía del todo aquella filosofía, ahora me parece que no andaba tan desencaminado. Porque si loco fue él por creer que podía cambiar el mundo con una lanza, más locos somos nosotros por creer que basta un dedo sobre una pantalla para arreglarlo todo.

Y no quiero que me tomen por enemigo de los tiempos nuevos. Bastante tuve en mi vida con aguantar que me llamasen simple por seguir a un caballero flaco y delirante. Pero sepan ustedes que yo he aprendido a distinguir lo útil de lo vano. Y útil me parece todo aquello que acerca a los hombres, que les hace partir la hogaza y mirarse a los ojos. Vano, en cambio, es lo que los separa y los encierra en sus propias certezas.

Hoy todos gritan a la vez y nadie escucha. Y yo digo que falta quien se calle para oír al vecino, que falta quien preste su hombro sin pedir recibo. Que sobra palabra hueca y falta silencio que acompañe.

Si algo aprendí del caballero, fue que vale más caer peleando por lo justo que vivir sentado en la injusticia. Y si algo aprendí de mí mismo, es que la justicia empieza en cosas pequeñas: en dar de comer al hambriento, en compartir el vino, en escuchar al que nadie oye. No es menester ser héroe ni caballero para obrar el bien. Basta con ser humano y tener entrañas.

A veces me pregunto qué consejo daría yo hoy, viejo ya y con la barriga más redonda que antes. Y pienso que diría esto: no corráis tanto, que la vida es más corta de lo que parece; no os olvidéis del vecino, que mañana podéis ser vosotros los olvidados; y no confiéis todo a las máquinas, que ninguna de ellas sabe dar un abrazo cuando más se necesita.

Porque, al fin y al cabo, la mejor caballería es la compasión, y el mejor escudero, la paciencia. Y yo, Sancho Panza, que fui criado de la locura y aprendiz de la cordura, os digo que todavía hace falta un poco de ambos: locura para soñar un mundo mejor, cordura para trabajar en él con las manos.

Y si alguien me pregunta si volvería a seguir a don Quijote, yo digo que sí, mil veces sí. Porque en su delirio hallé una verdad que no he visto en la cordura de muchos: que los hombres somos más grandes cuando servimos a algo que está por encima de nosotros. Y si entonces era la justicia caballeresca, hoy puede ser la justicia social, la paz, el pan compartido o la voz del que calla.

Así que aquí me tienen, hablando como siempre más de la cuenta, y sin embargo con la esperanza de que alguien escuche. Que no hay molinos tan grandes ni gigantes tan fieros que no puedan ser vencidos si se lucha con fe, con humor y con amor. Y en esto, amigos míos, no ha cambiado nada desde mi tiempo hasta hoy.

«Caballeros en la eternidad de los soñadores»

Sancho Panza abrió los ojos y se encontró en un lugar desconocido. No había polvo ni fatiga, tampoco hambre ni sed. El aire era limpio como agua de manantial, y el cielo, de un azul tan sereno que parecía pintado por manos divinas. El suelo era prado mullido, verde y fresco, que se extendía hasta perderse de vista.

De pronto, escuchó un rebuzno que le atravesó el corazón como un relámpago de alegría. —¡Rucio mío! —exclamó Sancho, corriendo hacia el animal, que lo esperaba con el pelo brillante, robusto y alegre como nunca lo recordara en vida. Lo abrazó con ternura, como quien recobra un amigo perdido tras larga ausencia.

No tuvo tiempo de más, porque un relincho noble resonó en la pradera. Allí, erguido con dignidad, apareció Rocinante, más gallardo que en los días terrenales. Sobre su lomo, un caballero con armadura reluciente, sin grietas ni manchas de batalla, lo contemplaba con mirada encendida.

—Sancho, amigo, escudero, hermano —dijo Don Quijote con voz firme y clara, libre ya de la enfermedad y de la melancolía que lo consumiera en la Mancha—. Bien hallado seáis en esta nueva andanza, donde no existe la muerte ni la tristeza.

Sancho, con lágrimas en los ojos, cayó de rodillas. —¡Señor mío! Pensé que nunca volvería a veros, y ya me resignaba a que vos anduvieseis cabalgando solo por las praderas celestiales. Si esto es el cielo, me doy por pagado con hallaros sano, entero y tan loco como siempre.

Don Quijote lo levantó y juntos caminaron un trecho, igual que antaño recorrieran los senderos polvorientos de Castilla.

—Decidme, Sancho —preguntó Don Quijote con ansia—, ¿qué fue del mundo tras nuestra partida? ¿Quedaron caballeros que defendieran viudas, socorrieran huérfanos y combatieran gigantes?

Sancho bajó la cabeza y suspiró.

—Señor, el mundo ha cambiado tanto que apenas lo reconocería vuesa merced. Ya casi nadie anda con lanza ni escudo, y los gigantes no se ven con los ojos, sino que se esconden bajo nombres nuevos: injusticia, codicia, guerras invisibles. Y lo que más hay, si me lo permiten, son gentes que caminan mirando tablillas de vidrio, como si allí dentro vivieran todos sus pensamientos.

Don Quijote frunció el ceño.

—¡Oh, siglo desdichado! ¿Y nadie se levanta contra tales encantamientos?

Sancho sonrió con su sabiduría llana.

—Sí quedan caballeros, señor, aunque no se llamen de esa guisa. Son los médicos que luchan en las pestes y no abandonan a los enfermos; los maestros que enseñan con paciencia, aunque apenas reciban paga; la buena gente que ayuda al vecino cuando arrecia la pobreza. No llevan yelmo ni montan corceles, pero su nobleza brilla más que las armaduras de oro.

Don Quijote, pensativo, alzó la vista al horizonte. —Bien decís, Sancho amigo. Mudan las armas y los nombres, mas no muere la virtud. Quizá el mundo ya no necesite caballeros como yo, pero siempre necesitará hombres y mujeres que peleen contra la injusticia.

—Y escuderos, señor, que les alcancen el agua, les guarden las espaldas y les recuerden que hasta los héroes necesitan dormir la siesta —añadió Sancho, con picardía.

Ambos rieron, como en los viejos tiempos.

El silencio del prado los envolvió. Sancho se atrevió entonces a preguntar lo que llevaba en el alma:

—Señor, ¿cree que valió la pena tanto andar, tanto golpe y tanta burla por parte de la gente?

Don Quijote apoyó una mano sobre su hombro.

—Sancho, lo que importa no es si vencimos o perdimos, sino que nunca dejamos de luchar. El mundo recordará nuestra locura porque en ella hubo verdad. Y si un solo

hombre aprende a soñar con justicia al leer nuestras aventuras, entonces Rocinante y el rucio no habrán trotado en vano.

Sancho quedó mudo de emoción.

Pasaron largo rato evocando memorias: la aventura de los molinos, la ínsula Barataria, los caminos interminables donde se mezclaban hambre, sueños y desventuras. Don Quijote se encendía al recordar sus batallas, y Sancho añadía siempre un refrán que arrancaba carcajadas.

Al fin, Don Quijote habló con solemnidad:

—Sancho, ¿qué os parece si damos una última cabalgada? No contra molinos de viento, sino contra esos nuevos gigantes de maldad, soberbia y desatino.

Sancho acarició a su rucio, que parecía asentir con las orejas. —Si hay pan, vino y camino, contad conmigo, que nunca falté a vuestra locura ni pienso faltar ahora. Mas os advierto: si esos gigantes tienen que ver con esas tablillas de vidrio, mejor que vos les acometáis primero, que a mí me marean.

Don Quijote montó en Rocinante, erguido y glorioso como nunca. Sancho subió a lomos del rucio, sonriente y satisfecho. Y juntos, caballero y escudero, avanzaron hacia un horizonte sin fin, donde el cielo se abría como un campo de aventuras eternas.

Porque en el más allá de los soñadores siempre habrá gigantes que vencer, y los ideales de justicia y amistad nunca conocerán sepultura.

«Sancho y la sabiduría que dibuja espirales»

Camino por las calles de mi pueblo, donde el aire huele a tierra recién mojada y pan tibio, mientras el repique lejano de campanas acaricia la tarde y las ruedas de un carro crujen sobre la arenilla. Los balcones lucen geranios rojos, y las campanas marcan un ritmo que me acompaña. Siento que las calles respiran conmigo, lo sencillo guarda una geometría secreta, un mapa invisible hacia la memoria de lo eterno. En cada esquina, escucho un rumor que se mezcla con mi pensamiento: el legado de aquel hombre gordo, risueño y sabio que anduvo detrás de un caballero que perseguía gigantes.

Me pregunto quién lo recuerda. El caballero figura en estatuas, en libros, en pinturas solemnes. El escudero, en cambio, respira en la memoria de la gente sencilla. Su voz se guarda en los refranes que se repiten en las cocinas y en los patios, como si el eco de su risa continuara iluminando las horas oscuras, recordando que incluso la desesperanza necesita de un hombre común que la redima.

Entro en la taberna del pueblo. El aire está cargado de humo y conversación. Tres hombres juegan a las cartas en una mesa, y una mujer joven sirve vino con una sonrisa indiferente. Me acerco a un anciano que reposa junto a la ventana, con un sombrero ancho sobre la mesa y las manos arrugadas como corteza de olivo.

—Usted busca historias -dice el hombre sin mirarme-.

—Busco entender a Sancho Panza -digo-.

—Entonces, escuche, porque en estas tierras el aire guarda su rastro.

El anciano bebe un trago y prosigue:

—Sancho tenía hambre y sed como cualquiera, y, sin embargo, su ternura alcanzaba hasta los más pequeños gestos: acomodar una manta en hombros ajenos, partir su pan en dos, una mirada que aliviaba. Decía refranes que encerraban mundos. Gobernó un

lugar que no existía y, sin embargo, dejó justicia verdadera. Su isla fue el corazón de quienes lo escucharon.

El hombre calla y siento que sus palabras trazaron un círculo secreto, un remolino que se abre en mi mente como un río que encuentra su cauce. Surge Iota, chispa mínima de verdad.

Una niña se acerca con una cesta de manzanas. Me ofrece una y sonrío.

—Abuela dice que Sancho enseñaba con el estómago lleno y el corazón abierto... y que hasta los pájaros lo seguían cuando hablaba.

La escucho y recuerdo que, en los caminos de la vida, la física cuántica se parece a los encuentros verdaderos: destellos que se buscan en la distancia y curan al tocarse.

El rumor de voces quedó atrás, y la tarde empieza a inclinarse con un brillo dorado que me guía hacia la plaza mayor.

Allí encuentro a un joven que dibuja en un cuaderno.

—¿Qué trazas? -pregunto-.

—Una espiral dorada -responde con entusiasmo-. Quiero atrapar en líneas lo que Sancho dejó: la sencillez que salva.

El muchacho me muestra el cuaderno. En el centro del dibujo aparece un hombre bajo y ancho, con sonrisa franca. Alrededor de él, los trazos forman un remolino ascendente. Me impresiona la claridad del gesto: no un legado obsoleto, sino energía presente que, como partícula y onda, impulsa hacia delante en remolino ascendente.

La tarde cae, y en el horizonte se levanta una tormenta. Los relámpagos iluminan los campos, y el viento arrastra polvo y hojas secas. Busco refugio en la iglesia. Adentro, un grupo de aldeanos discute alrededor de una mesa de madera.

—Falta pan en el molino, dice uno.

—El agua se lleva las siembras -añade otro-.

—Necesitamos consejo -concluye una mujer con voz firme-.

Me acerco y escucho. Hablan como si esperaran a alguien que diera respuesta. El silencio me empuja a abrir la boca.

—¿Y si recordamos cómo gobernaba Sancho su isla? -propongo-.

Las miradas se fijan en mí. El aire aparenta detenerse.

—¿Y qué hacía ese hombre? -pregunta un campesino-.

—Escuchaba antes de hablar, pesaba cada palabra, cuidaba de la justicia como quien cuida un hijo. Sabía que el hambre de uno afecta al hambre de todos.

La mujer se levanta.

—Entonces hagamos eso. Escuchemos y reparemos lo que se quiebra.

Un trueno sacude los muros. La luz se apaga. El viento irrumpe helado. La lluvia golpea los vitrales. El techo chirría. El agua ruge. Alguien grita que el río se desborda. Salimos corriendo hacia la plaza, donde el agua desciende con furia.

En medio de la confusión, recuerdo a Sancho. Se alza en mi memoria como un farol.

Me acerco al molino junto a varios hombres. Empujamos sacos de arena contra la corriente. El barro cubre nuestras piernas. Una mujer reza mientras sostiene a su hijo en brazos, y en su voz temblorosa tiembla también la fuerza de todo el pueblo.

—¡Resistamos! -grito con todas mis fuerzas-.

El agua aúlla, el cielo se abre con relámpagos, y en medio del caos descubro destellos de esperanza: los cuerpos se vinculan como raíces que se niegan a soltarse. El drama irrumpe con la contundencia de la naturaleza, y, aun así, descubro en los rostros una perspectiva luminosa. Nos unimos como si una isla invisible nos sostuviera.

La tormenta cede de madrugada. El silencio pesa como un manto nuevo. El pueblo queda cubierto de lodo, aunque las casas resisten y los campos esperan renacer. Exhaustos, nos reunimos junto al río. El anciano de la taberna llega con paso lento.

—Hoy Sancho ha vuelto a gobernar -murmura-.

El niño de la plaza se acerca con su cuaderno empapado. La espiral dorada sigue intacta, aunque el papel se arruga.

—Su legado nos salvó -me dice con ojos brillantes-.

Comprendo que Sancho Panza permanece vivo en cada gesto de justicia compartida, en cada risa que rompe el miedo, en cada mano que sostiene a otra en la tormenta. Su isla no desaparece, porque no es un lugar, sino un modo de vivir.

Camino de regreso a casa con el amanecer. El sol ilumina el barro, que parece oro bajo la luz, recordándome que hasta la herida de la tierra puede transformarse en promesa. La proporción áurea se revela en las huellas sobre el suelo, en la curva del río que se serena, en la forma del horizonte. Siento que Iota palpita en mi pecho, leve y real, como certeza íntima.

Sancho Panza ya no necesita caballero ni armadura. Vive en la memoria de los pueblos y late en los gestos humildes que sostienen al mundo. El drama inesperado de la tormenta ha mostrado que su enseñanza permanece: sanar con justicia sencilla, con palabras que curan, con manos dispuestas a levantar lo caído.

Respiro el aire fresco. El silencio pesa como una bendición recién nacida. La espiral dorada se expande dentro de mí como canción secreta. Miro hacia el cielo y agradezco la herencia de aquel escudero inmortal que nos recuerda que la esperanza a menudo camina a nuestro lado, aunque la tormenta intente arrastrarlo todo. Sé que mientras exista un gesto candoroso, una risa compartida y una palabra sincera, la curva dorada seguirá creciendo, invisible y perenne en el espacio. En ese giro secreto, su sabiduría se prolonga, como un vórtice que sostiene al mundo con la fuerza de lo sencillo.

«Sancho Panza y las verdades del camino»

Sancho Panza, ya sin el caballero de la triste figura a su lado, vivía sus días con la serenidad del que ha visto mucho y aún guarda dentro la sorpresa de un niño. La gente del lugar le buscaba a menudo para oírle contar anécdotas de su vida con don Quijote. Él, entre risas y resoplidos, narraba aventuras, pero en cada relato sembraba también alguna enseñanza, como quien deja migajas de pan para que otros encuentren el camino.

Una tarde, mientras descansaba bajo la sombra de un olmo, se le acercó un grupo de muchachos que regresaban de la ciudad. Venían alborotados, discutiendo sobre los problemas del mundo moderno: el ruido incesante de las máquinas, las guerras que aún consumían pueblos enteros, la injusticia que parecía no tener remedio, y el cansancio que les producía correr tras trabajos y promesas que nunca bastaban.

Sancho los escuchó con paciencia, sin interrumpir, rascándose la barba con ese aire de campesino que, bajo su sencillez, guardaba sabiduría de siglos.

Cuando callaron, dijo:

—Hijos míos, he vivido junto a un hombre que vio gigantes donde los demás solo veían molinos. Y aunque parecía loco, os aseguro que él miraba más lejos que cualquiera. Lo importante no es si tenía razón o no, sino que se atrevía a creer en algo. Vosotros decís que el mundo anda revuelto, y es cierto. Pero creedme: no hay tiempo en que no lo haya estado. Siempre habrá guerras, codicia y hombres que buscan sólo su provecho. Lo que cambia, lo que vale, es la decisión de cada cual de no dejarse arrastrar por la corriente.

Los jóvenes guardaron silencio, sorprendidos de que un hombre tan sencillo pudiera hablar con tanta claridad. Sancho continuó:

—Hoy tenéis más riquezas, más inventos, más comodidades que nunca; y, sin embargo, os noto más tristes, más cansados. En mis tiempos, con un mendrugo y un

vaso de vino, bastaba para aligerar la jornada. Y cuando el sol se ponía, la risa de la familia en torno a la mesa era un tesoro mayor que todos los cofres. No despreciéis lo pequeño, porque lo pequeño es lo que sostiene lo grande.

Uno de los muchachos replicó que ahora la vida exigía velocidad, que no se podía perder el tiempo en esas simplezas. Sancho sonrió, como quien ha escuchado lo mismo demasiadas veces, y respondió:

—Decís velocidad, pero ¿a dónde vais tan de prisa? ¿No sabéis que el camino también se goza andando despacio? Don Quijote corría tras fantasmas de gloria, sí, pero en su correr dejaba semillas de bondad. Yo, que iba detrás con el rucio, aprendí que el hombre necesita tanto de sueños como de pan. Si solo corre por tener más, por ganar al vecino, al final llega con las manos llenas pero el alma vacía.

El viento agitó las ramas del olmo y Sancho se levantó despacio. Mirando a los muchachos con ojos bondadosos, añadió:

—Si algo aprendí, es esto: que la vida no se mide por lo que juntamos, sino por lo que damos. Que la honra no está en vencer al enemigo, sino en no convertirse en uno. Y que el verdadero poder no está en mandar sobre otros, sino en gobernarse a sí mismo.

Los jóvenes bajaron la mirada. Uno de ellos, con voz casi temblorosa, preguntó qué debían hacer entonces para no perderse en medio de tanta confusión. Sancho suspiró, alzando la vista al cielo como si todavía esperara escuchar la voz de su caballero:

—No tengo fórmulas, hijos. Solo os digo que cuidéis de la amistad, que honréis la palabra dada y que no despreciéis al humilde. Y que, si alguna vez os llaman locos por defender la justicia, no os preocupéis: quizá sea la señal de que vais en buen camino.

Dicho esto, Sancho recogió su zurrón y su cayado, y comenzó a andar hacia el pueblo. Los muchachos lo vieron alejarse, llevando en su andar torpe y sereno la fuerza de una lección que no se aprendía en libros ni en discursos, sino en la experiencia de quien supo ser escudero de un loco, y en ello descubrió la más cuerda verdad: que los sueños, cuando nacen del corazón, son la mejor brújula para vivir.

Sexta, Diploma

SILVIA CARÚS (Faro, Portugal)

«Enseñanzas de Sancho Panza»

El día que recibí la carta me dio la risa. No era burla, era sorpresa. A mí, Sancho Panza, campesino de toda la vida y ex escudero de un caballero que veía gigantes donde había molinos, me pedían que escribiera recuerdos y consejos para los jóvenes de la villa. Firmaba el maestro de la escuela, un hombre que, según me contaron, había oído hablar de mis andanzas y quería que contara algo que sirviera de ejemplo.

—Pues escribe, Sancho -me animó Teresa, mi mujer-. Después de tantos años con tu señor, algo bueno tendrás que contar.

Me senté en la mesa con un papel, la pluma y un jarro de vino tinto. Afuera, el sol de la Mancha entraba por la ventana y calentaba el cuarto. Pensé en don Quijote. Si él hubiera visto la carta, seguro habría querido responder con un discurso lleno de palabras difíciles y citas de libros de caballerías. Yo, en cambio, me propuse contar las cosas como las vi, sin adornos, para que los muchachos las entendieran.

Empecé escribiendo mi nombre. Luego, sin mucha ceremonia, conté cómo conocí a don Quijote, cómo me convenció de seguirle prometiéndome una ínsula y cómo salimos juntos por los caminos. Recordé las primeras aventuras: las ovejas que el confundió con ejércitos, los molinos que creyó gigantes, las ventanas que llamaba castillos. Yo le advertía, pero él seguía adelante. Y aunque muchas veces acabé molido a palos, reconozco que con él vi el mundo más grande de lo que jamás había imaginado.

Escribí que no siempre acertábamos con los enemigos, pero que incluso de los errores aprendimos. Puse: “Si el gigante resulta ser un molino, al menos habrás ejercitado el valor”. Teresa, que leía por encima del hombro, me interrumpió:

—Pon también que uno no debe meterse donde no le llaman.

Y tenía razón, así que lo añadí.

Seguí con la famosa ínsula que me prometieron. Cuando por fin me dieron un cargo de gobernador, descubrí que el poder no es cosa fácil. No basta con mandar, hay que escuchar, tener paciencia y saber decir “no” cuando es necesario. Al final renuncié, y no por cobardía, sino porque entendí que ese no era mi lugar.

Mientras escribía, entró el hijo de Bartolo, el tonelero. Tenía las manos manchadas de resina y curiosidad en los ojos.

—¿Es verdad que usted fue gobernador? -preguntó-.

—De nombre, sí -admití-; y de provecho, poco. Pero aprendí dos cosas: que el mando pesa más que un saco de piedras y que quien manda sin escuchar, se queda solo.

Se quedó un momento en silencio y luego preguntó por don Quijote. Me costó responder. Le conté que, después de tantas aventuras, mi señor volvió a casa enfermo, dejó las fantasías y se entregó a la razón. Murió al poco tiempo, y yo lloré como quien pierde a un hermano.

—Pero su legado vive -agregué-.

Cuando el chico se fue, seguí escribiendo. Les dije a los jóvenes que el mundo está lleno de palabras grandes que no alimentan, y que una buena comida vale más que una promesa vacía. Les aconseje que cuidaran lo pequeño, porque muchas veces las cosas pequeñas son las que sostienen la vida.

Me acordé de mi rucio, que me enseñó que la paciencia es más útil que la prisa. También escribí que la risa ayuda a sobrellevar los problemas y que es mejor reírse de uno mismo que esperar a que lo hagan los demás.

Pensé en la pregunta más difícil: ¿Por qué seguí a un loco? Y respondí con sinceridad: porque me hizo soñar con ser más de lo que era. Puse en la carta: “Busquen a alguien o algo que les inspire, y si no lo encuentran, inventen un sueño que les tire hacia adelante”.

Teresa volvió con un trozo de queso y me recordó:

—No te olvides de decirles que siempre vuelvan a casa.

Así que añadí: “Por lo lejos que vayan, regresen cuando puedan, porque la alegría de los suyos cura heridas que ningún médico puede cerrar”.

Al releer la carta, sentí que me faltaba un consejo sobre la honradez. Escribí: “Si alguna vez dudan de qué camino tomar, elijan el que les haga mejor persona. Atajos sobran, pero la honradez no reconoce vereda corta”.

Si algo aprendí en todos esos caminos es que uno no necesita armadura para ser valiente, ni título para ser respetado. Basta con cumplir la palabra dada, ayudar cuando se pueda y no olvidar de dónde vienes. Lo demás, como decía mi amo, es ruido que el viento se lleva.

Para completar, conté algo más de nuestras andanzas: cómo dormimos bajo las estrellas, cómo soportamos el frío, cómo compartimos lo poco que teníamos. Quise que entendieran que las aventuras no son sólo batallas y hazañas, sino también paciencia, trabajo y lealtad.

Recordé también los días malos: las burlas, los engaños, el cansancio. No oculté nada, porque en la vida no todo es alegría. Les dije que no se desanimen si las cosas no salen como esperan. Que a veces, el camino más duro es el que más enseña.

Al día siguiente, cuando ya estaba todo escrito, doble la carta y la guardé en un sobre. Camino a la plaza me crucé con el hijo de Bartolo y se la di para que la llevara a la escuela.

—¿Y si se pierde? -preguntó-.

—Entonces quedará en tu memoria -le garanticé-, porque lo que uno entiende bien, no se olvida.

Volví a casa con el rucio esperando en la puerta. Me senté en la cocina, escuchando el olor del guiso de Teresa y el ruido del patio. Pensé que, tal vez, mi verdadero legado no eran las aventuras con don Quijote, sino las lecciones sencillas que había aprendido y que ahora podía compartir.

Me quedé tranquilo. Si los jóvenes leían esa carta, tal vez entenderían que no hace falta ser un caballero andante para vivir con dignidad, que lo importante es caminar con la cabeza alta y el corazón limpio.

Y así, entre el vino tinto y el queso manchego, me reí otra vez. Porque si a mi Sancho Panza, me habían pedido consejo, es que, de algún modo, la vida me había aprobado el examen.

Séptima, Diploma

LAURA MARTÍNEZ (Cangas de Morrazo, Pontevedra)

«A Sancho»

Sancho Panza no era un simple escudero.
Era la tierra misma andando a pie,
el sentido común con zurrón,
el pan caliente de la realidad en una época de hambre y quimeras.
Sancho, que parecía pequeño, sostenía sobre sus hombros el peso
de un sueño ajeno
y, sin saberlo, lo transformaba en suyo.
Él no hablaba de gigantes ni de reinos imaginarios,
pero aprendió a escuchar el delirio con respeto,
a seguir la locura no por servidumbre, sino por afecto.

Don Quijote, en cambio, era aire y delirio,
libros encuadernados en piel gastada,
una voluntad de justicia escrita en pluma de ganso.
Era la memoria torcida de una España que se rompía entre espejos,
y la promesa rota de una caballería que ya no tenía castillos.
Pero incluso así, él creía.
Creía cuando nadie creía.
Creía que un molino podía ser enemigo si uno lo decidía.
Creía que la palabra podía más que la espada,

y que el alma podía armarse de acero si el mundo era injusto.

Sancho, que al principio solo quería una ínsula,
terminó entendiendo que lo importante era la travesía.

Y en ese viaje imposible,
se fue haciendo también caballero.

Uno sin armadura, pero con honra.

Uno sin lanza, pero con lealtad.

Porque *ser cuerdo junto a un loco que busca justicia*
es la forma más alta de cordura.

Y así anduvieron, uno en su Rocinante de ideales,
el otro sobre su rucio de paciencia.

Los dos perseguidos por la risa del mundo,
por el desprecio de los sabios,
por la mofa de los hombres que confunden sensatez con cobardía.

Sin él, no habría ruta.

Sin su humor, sin su lealtad sin preguntas,
el sueño se habría quebrado contra la primera carcajada.

Porque soñar no es negar la realidad:
es insistir en transformarla.

Y en los archivos del alma española,

entre códigos y frases subrayadas,
aún late esa conversación entre ambos:
el uno mirando las estrellas,
el otro cargando el almuerzo.

Pero qué almuerzo el suyo:
pan con dignidad, vino con ternura, queso con resistencia.

Ahora que el mundo corre sin tregua,
que los algoritmos cabalgan más que los hombres,
¿no haría falta un Quijote que nos recordara la justicia?
¿No sería necesario un Sancho que dijera:
"señor, no son gigantes, pero peleemos igual,
porque el mundo está torcido"?

En las universidades, en las plazas, en los teatros,
la conversación sigue.

A veces disfrazada de sátira, otras de ciencia,
pero siempre igual:
¿Es mejor vivir cuerdo y resignado,
o loco y con propósito?

Y en el fondo, todos somos un poco Sancho, un poco Quijote.
Una poca tierra y un poco cielo.
Un poco cálculo, un poco ideal.

Una escoba en la mano y un poema en el bolsillo.
Y así, el rucio sigue andando,
entre las páginas del tiempo,
y el viento que mueve los molinos
ya no es solo viento:
es la memoria de dos hombres que se atrevieron a creer,
juntos, en lo imposible.

«Tribulaciones de un tal Sancho»

La lluvia era tan intensa, que los pocos clientes, no querían ni asomar sus narices por la puerta.

La música en el bar sonaba baja, una especie de bolero modificado con ritmos electrónicos. Las luces eran tenues y había un leve olor a tabaco en el aire, aunque hacía años que estaba prohibido fumar dentro.

Un hombre regordete, vestido con una chaqueta de pana y un sombrero ajado, sorbía un vermú con cara de pocos amigos. El camarero, joven y curioso, no pudo evitar acercarse. Había escuchado al hombre decir cosas extrañas a lo largo de la última hora.

—¿Le puedo traer algo más, señor? -preguntó con cortesía-.

—Tráigame otro vermú, mozo, que las penas se ahogan mejor en compañía del vino que en soledad del alma -dijo el hombre, con acento extraño pero musical-.

—¿Le pasa algo?

El hombre levantó la mirada. Tenía los ojos cansados de quien ha visto demasiadas locuras, pero aún guarda ternura por ellas.

—¿Pasa algo, dice? ¡Ay, hijo! Si yo le contara... Pero, en fin, ¿quién querría escuchar las cuitas de un viejo escudero que ha servido a un loco con ínfulas de caballero?

—¿Escudero, ha dicho? -preguntó el camarero, riendo con incredulidad-.

—Sancho Panza, para servirle. Natural de la ínsula Barataria, aunque esa fue más ilusión que patria. Fui escudero del más extraño y enajenado hidalgo que haya parido Castilla: Don Quijote de la Mancha.

El camarero, creyendo que se trataba de una broma o una performance callejera, decidió seguirle la corriente y, se sentó al otro lado de la barra.

—¿Y qué tal era ese Don Quijote?

Sancho suspiró, se quitó el sombrero y lo colocó sobre la barra.

—Tenía el alma más grande que la realidad permitía. Y ahí, joven, empiezan todos los problemas. Porque uno puede tener sueños grandes, sí, pero no puede obligar al mundo a que los acompañe.

—¿Y usted lo acompañó?

—Como perro fiel, aunque más por necesidad que por vocación. Prometió una ínsula, riquezas, nombramientos. Y yo, que tenía más hambre que juicio, me lancé a seguirle. Pero el camino no fue recto, sino enrevesado y lleno de desvaríos. ¡Cuántas veces terminé apaleado por defender castillos que eran ventas y doncellas que eran mozas de mesón!

El camarero sonrió, divertido.

—Pero algo de verdad habría en sus gestas, ¿no? ¿No llegó usted a ser gobernador?

—¿Gobernador? ¡Sí, por ventura! Goberné una ínsula que era más una burla que un cargo. Me dieron el mando como quien da un hueso a un perro para que no ladre. Me pusieron a prueba y, contra todo pronóstico, goberné con juicio. Pero duró menos que el buen vino en jarra ajena. Me fui por mi propio pie, harto de simulacros.

—Entonces... ¿cómo era Don Quijote realmente? ¿Cómo lo ve usted ahora, con la distancia?

Sancho se acarició la barba, reflexivo.

—Era bueno, noble, justo en su alma. Pero tenía el juicio extraviado. Luchaba contra molinos creyéndolos gigantes, y hablaba de encantadores como si fueran políticos. Lo que en él era valentía, en el mundo era locura. Y ahí estaba yo, intentando seguirle el paso, aunque cada paso nos llevaba más lejos del sentido común.

—Percibo que usted le apreciaba mucho, pero también le seguía en sus creencias ¿nunca discutieron?

Sancho rio amargamente.

—¡Discutimos mil veces! Yo le decía: "Señor, mire bien con qué se enfrenta", y él respondía:

"Sancho, no veis lo que yo veo porque tenéis la mirada empañada por la vulgaridad del mundo".

¡Y cómo quería yo tener la vista limpia si llevaba semanas sin dormir bajo techo y con más cardenales que clérigo de misa!

El camarero sirvió otro vermú, ya más interesado en la historia que en atender las demás mesas.

—¿Y nunca pensó en dejarlo?

—Cien veces, mozo. Pero luego lo miraba y veía en él algo que no era de este mundo. Era como un niño jugando a ser héroe, pero con el corazón de un rey. ¿Y cómo abandonar a alguien que, aun en su delirio, cree en el bien, en la justicia, en la redención del alma humana? ¿Quién era yo para apagar esa luz?

—Pero aun así tuvo desavenencias con él...

—Oh, muchas. Él me hablaba de dulcineas etéreas, y yo pensaba en Teresa, mi mujer, con las manos llenas de barro y la voz llena de razón. Él decía que el honor estaba por encima del pan, y yo le respondía que el honor no alimenta a los hijos. Me mandaba a entregar cartas en medio del desierto o a montar discursos como si fueran caballos, y yo lo que quería era paz y sombra.

Pero luego... luego me miraba con esos ojos, y me decía: "Sancho, amigo mío, ¿quién sino nosotros enderezará este mundo torcido?". Y entonces volvía yo, como buey manso al yugo.

—¿Nunca se sintió utilizado?

Sancho se lo pensó un momento.

—A veces, sí. Pero también me enseñó cosas. Me enseñó que no todo se compra con dinero, que el alma también necesita batallas. Que incluso el más simple puede tener dignidad. Que uno puede estar equivocado, pero aun así tener razón en lo esencial.

El camarero asintió, fascinado.

—¿Y cómo terminó la historia entre ustedes?

Sancho bajó la vista.

—Con su muerte. Volvió a casa, ya cansado, ya vencido por el mundo y por la razón. Recuperó el juicio, sí, pero al precio de su espíritu. Murió cuerdo, pero triste. Y yo... yo lloré como quien pierde no sólo a un amigo, sino a la última llama de esperanza en una noche larga.

—Vaya historia... -dijo el camarero, en voz baja-.

—Y no crea usted que no me he preguntado si hubiera sido mejor dejarle. Pero ¿y si no? ¿Y si acompañarlo fue lo único sensato que hice en mi vida de insensato? Quizás los locos no están tan locos. Quizás los que parecen cuerdos sólo se han rendido.

—¿Y usted? ¿Sigue creyendo en algo?

Sancho miró por la ventana del bar. Afuera, la lluvia se convertía en agua nieve y la noche caía sobre la ciudad con su manto de neones y ruido.

—Creo en las personas. En su bondad, aunque esté enterrada. Creo en las pequeñas cosas: un pan compartido, una palabra justa, un gesto de compasión. No creo en gigantes, pero sí en la necesidad de tener algo contra lo que luchar.

—¿Y volvería a seguir a Don Quijote si pudiera?

Sancho sonrió, esta vez con dulzura.

—Volvería, sí. Aunque volviera a caerme del burro, aunque volviera a recibir palos. Porque seguir a un loco bueno es mejor que obedecer a un cuerdo cruel. Y porque, a fin de cuentas, todos necesitamos un Quijote que nos recuerde que el mundo puede ser mejor, aunque sólo lo sea por un rato.

El camarero se quedó en silencio, sin saber qué decir.

Sancho Panza terminó su vermú, se puso el sombrero con lentitud, como quien se despide de algo más que un bar.

—Gracias, mozo. Por escuchar. Hoy hablaba por mí, pero también por él. Te dejo esta herencia de valores como legado de vida. Mi legado.

—Gracias a usted, señor Panza. ¿Volverá?

—Quién sabe. El camino es largo y los molinos, muchos.

Y dicho esto, salió por la puerta como si aún llevara a Rocinante delante y un hidalgo desquiciado esperando en el horizonte.

Noveno, Diploma

MANUEL FERNÁNDEZ DE LA CUEVA VILLALBA (Corral de Almaguer, Toledo)

«El libro de Sancho»

(Sancho, antes de despedirse de D. Quijote, cogió la pluma de la espetera en la que la había dejado Cide Hamete Benengeli.

Y dijo: “Mi señor D. Quijote decía que la pluma es la lengua del alma”)

Sansón Carrasco y maese Pedro estaban buscando a Sancho por todo el pueblo. Teresa Panza les dijo que estaba en la huerta. Llegaron los dos hasta la puerta y le llamaron.

- *Sancho, Sancho, abre es muy importante.*

Sancho salió asustado porque pensaba que le habían descubierto. Al ver la cara que tenían se quedó confundido y, sin esperar a que hablaran, él les dijo:

- *Un momento, un momento. Ya dije yo cuando acabé de gobernar Barataria que no valgo para la política y que me volvía a mi antigua libertad. ¿Qué queréis?*

- *Es importante que sepas esta noticia.* Dijo maese Pedro.

- *¿Qué sucede?, preguntó colocándose en el centro de la puerta para que no pasaran.*

- *Cide Hamete Benengeli está muy enfermo y creemos que deberías saberlo.*

Sancho se quedó pensativo y fijó la mirada en el suelo. Empezó a recordar su pasado y les dijo:

- *Yo no soy rencoroso; pero debo decir que conmigo él no se ha portado muy bien.*

- *Tienes razón Sancho. Pero todos somos hijos suyos, dijo maese Pedro. A mí me ha cambiado el nombre muchas veces. De Ginés de Pasamonte, Ginesillo de Parapilla y no quiero decir más cosas.*

- *Eso, eso, tú cállate que me quitaste el rucio.* Respondió Sancho.

- *No es del todo cierto y si quieres vamos a ver a Cide Hamete Benengeli para que nos lo aclare.*

- *Si voy es para despedirme de él; no para hablar de nosotros.*

Sancho cumplió su palabra y fue a ver a Cide Hamete Benengeli. Cuando entró en el dormitorio se lo encontró tumbado sobre una cama. Estaba débil. Aún así levantó la mano para que Sancho se acercara.

- *Sancho amigo, hablaba en voz baja, casi susurrando. Quiero pedirte disculpas. Siempre te he considerado como un hombre de bien. Recuerda cuando saliste de la ínsula y te encontraste con seis peregrinos que te pedían limosna y tú quisiste compartir con ellos medio pan y medio queso.*

- *Resultó ser Ricote, dijo Sancho. Y lo mismo hice con Andrés.*

- *Cierto, así es. ¿Lo ves? Haces bien y no miras a quien. Este refrán es de los tuyos. Sancho asentía con la cabeza. Por este motivo te quiero pedir disculpas porque dije que eras pobre y con poca sal en la mollera. Siempre te pensé como inocente y mentiroso porque dijiste ver a Dulcinea y no fue así. Disculpa por las palizas que te han dado siendo tú inocente. Te mantearon en una de las ventas, te ridiculicé cuando narré que hacías tus necesidades. Después de la aventura de los rebuznos te apalearon, te he considerado como tonto, te molieron a palos estando con los duques que se rieron de ti en tantas ocasiones como cuando no te dejaban comer, en fin..., querido Sancho te pido disculpas porque siempre te he considerado como inculto e ignorante.*

Sancho tomó la palabra.

- *Disculpe que le interrumpa. Todo esto que usted ha hecho que me sucediera le puede pasar a cualquiera. Son sucesos de la vida cotidiana y ¿usted sabe por qué? Porque como dije cuando acabé de gobernar Barataria tal vez me moví por la ambición y la soberbia.*

Cide Hamete le miraba sorprendido.

- *Sin embargo, no ha sido todo esto lo que más me ha dolido; sino que me haya concebido como inculto. Porque mis refranes, ¿acaso no son sabios?*

Cide Hamete asentía con la cabeza.

- *Usted también dijo de mí que soy pacífico, manso y sosegado porque no hay otra forma de afrontar los retos que se nos proponen en esta vida. Y ¿usted sabe cuál ha sido el mayor reto de mi vida? Aprender a leer y escribir. Por este motivo, y yo le pido disculpas si le ha molestado,*

cogí la pluma que usted dejó en la espetera. Durante todo este tiempo me he dedicado a aprender a leer y escribir.

- ¡Eres admirable Sancho! ¿Ya sabes firmar?, le preguntó Cide Hamete.

- Sí señor y sé escribir algo más y aquí le dejo esta carta para que usted la lea. Pero éste no ha sido mi reto sino el de escribir un libro.

- ¿Escribir un libro tú Sancho?

- Sí y estoy en ello.

- ¿Y qué narras en él?

- Tres cosas. La primera es que voy a escribir todos los refranes que me sé. La segunda es que voy a recoger las leyes que promulgué siendo gobernador. Tal vez le sirvan a otros pueblos porque ¿quién no quiere regular el salario justo de los trabajadores y criados? ¿Y detectar a los que quieren engañar diciendo que son pobres cuando no lo son y se quedan con el dinero de las arcas del Estado? Y, por último, motivar a los jueces para que sean independientes. Sabrán resolver todos los casos que se le presenten como a mí me sucedió cuando me propusieron el caso del paño, el del anciano que presta diez escudos de oro, el de la falsa acusación de una mujer, el del jugador de la casa de apuestas, el del joven de la cárcel, el de la joven vestida de hombre y el de la paradoja del mentiroso.

- Eres increíble Sancho.

- Gracias. Todo esto ha sido posible porque he querido llevar a cabo el lema de la vida de mi señor D. Quijote y el mío. Sancho se detuvo. Y esto es lo que he escrito en esta carta.

Cide Hamete cogió la carta. Le dio las gracias y le dijo a uno de los presentes que se la leyera.

El bachiller Sansón se ofreció. Abrió la carta. Vio los rasgos mudéjares de la letra de Sancho. Pudo corroborar el pulso fuerte y la caligrafía rasgada y débil del que está aprendiendo a escribir y dijo:

- Felicidades Sancho. Está muy bien escrita. Solo hay dos frases, aclaró.

- Es que me ha costado mucho, dijo Sancho, pero lea. Por favor, lea. Y Sansón Carrasco obedeció.

- *“Leo, creo e imito”, decía D. Quijote. Y yo digo: “Cuán no pensados sucesos suelen suceder a cada paso a los que viven en este miserable mundo”. Levantó la mirada y dijo: Muy bien Sancho. Y éste respondió.*

- *Pues por eso. Para afrontar los sucesos de este miserable mundo quiero hacer lo que dice mi señor: leer, creer e imitar.*

Cide Hamete Benengeli estaba admirado. Dio las gracias a Sancho y ordenó que le ayudaran en la publicación del libro tal y como Sancho dispusiera.

«Memoria de gigantes»

El aire de la llanura manchega olía a polvo y a trigo seco. Era el mismo paisaje de siempre, pero a Sancho Panza, encorvado por el peso de los años y de las memorias, se le antojaba ahora ajeno, porque lo recorría en soledad. En otro tiempo cada yermo del camino se convertía en un vergel dialéctico por mor de los encendidos discursos de su amo. Hoy, que el sol ya no jugaba con su figura desgarrada solo escuchaba el golpeteo monótono de las pezuñas del rucio.

Esta vez el viaje emprendido no era para buscar fortuna ni ínsulas prometidas. Se trataba de un regreso íntimo, casi un rito. Sus pasos lo llevaban hacia el lugar donde su señor, hacía ya tiempo, confundió molinos con gigantes. Allí nació la locura más célebre y, para Sancho, se confirmó la amistad más honda. Volver ahora era, en cierto modo, citarse con don Quijote; porque, intuía, en ese campo había quedado un pedazo de quien se atrevió a soñar lo imposible.

Una hilera de sudor le recorría la espalda cuando, de repente, le pareció ver la sombra de su amo cabalgando a su lado. En su ensoñación era ligera, pero se hacía tan presente como en vida. Y es que, a él, hombre cabal, su corazón le decía que quien ha compartido sueños nunca vuelve a estar del todo solo. El rucio parecía entenderlo también así y caminaba sin que nadie lo arrease.

Cuando al fin Sancho alcanzó la llanura abierta los vio, con sus brazos extendidos al cielo. El sol de la tarde enrojecía las aspas de los molinos, que giraban con una cadencia lenta. Ese movimiento hipnótico le llevó a cerrar de nuevo los ojos y respirar profundo. De pronto, el rumor de la madera crujiendo bajo el empuje del aire se convirtió en un murmullo que llegaba a sus oídos como un eco de las palabras que su amo solía pronunciar con solemnidad:

—«Defiende al desvalido, Sancho...».

—«Nunca temas a la adversidad...».

—«Los caballeros andantes no nacen para reposo, sino para el sacrificio...».

El otrora escudero alumbró de golpe la conciencia. Nadie está allí, salvo los molinos y el rucio que, inquieto, movía las orejas. Pero él podía jurar que había escuchado a don Quijote. Era como si el propio caballero se hubiese quedado prendido en esas aspas, condenado a girar en un ciclo de memoria. Los gigantes contra los que él, encerrado en su racionalidad, había porfiado con su amo, ya no eran fantasía ni error, sino custodios de la voz de su señor. Sancho, sobrecogido, no sabía si reír o llorar. El aire, convertido en improvisado heraldo, movía la madera; y la memoria movía su corazón.

Ahora, esas figuras —que cada uno vea en ellas lo que le dicte su locura o le dé a entender su juicio— parecían ser la prueba irrefutable de que hay ideales que nunca mueren, aunque quien los persiguió ya repose bajo la tierra. Sin darse cuenta, Sancho empezó a hablar en voz alta:

—Mire mi señor que yo siempre juré que eran molinos...

El rumor del viento respondió con un crujido largo, como un suspiro. Y en ese sonido creyó escuchar la risa noble e indómita de don Quijote cuando lo llamaba incrédulo. El rostro gastado de aquel hombre, que habiéndose ganado a pulso el título de amigo gustaba de seguir sintiéndose siervo, se iluminó.

—No se ría, que yo solo quería evitarle palos —dijo con voz quebrada—. Y al cabo los recibió igual. Y yo con usted. Eternamente juntos, hasta en los golpes.

Las aspas voltearon más rápido y en su interior resonó aquella frase que su amo le repitió tantas veces: «La verdadera nobleza está en luchar, aunque se pierda». Sancho guardó silencio, apretó los labios y asintió.

—Ahora lo sé. Tenía que dejarle embestir, aunque yo jurara que era locura. Lo que daba sentido al camino no era tener razón, sino marchar a su lado.

El asno agitó la cabeza y rebuznó, como si también aprobara. Sancho se enjugó una lágrima con el dorso de la mano y continuó su confesión.

—Yo me burlaba de sus palabras; y aun así me calaron más hondo que todos mis refranes. Usted soñaba con enderezar el mundo y yo con llenar la panza...

El llanto se hizo entonces incontenible, pero en medio de su confesión, era más bien un rocío purificador recorriendo sus mejillas.

—¡Qué ciego estaba creyéndome dueño de la verdad! Pido perdón por cada vez que le insté a caminar con los pies sobre la tierra. Ahora comprendo que aquello era como arrancarle un pedazo de su libertad. La angustia se apoderó de su pecho cuando se vio a sí mismo tirando de la brida mientras repetía una y otra vez: «Mire vuestra merced que no son gigantes». Al recordarlo, sintió una profunda pena.

A Sancho, que había recorrido la vida, sostenido por la certeza de que la cordura estaba de su lado, le embargó la duda: ¿de qué le servía tener razón si al final la existencia se había vuelto pura rutina? ¿No era preferible la locura de su amo, que lo hacía creer y vivir más intensamente que ningún hombre cabal?

La madera volvió a estremecerse una última vez: «Guarda mis sueños, Sancho. Son tuyos también». El escudero apretó el paso hacia los molinos, se acercó tanto que podía sentir el aire en la cara, fuerte, insistente.

—Ay, señor mío —susurró—, al final me dejó su herencia. Y no son ínsulas ni tesoros imposibles, sino un modo distinto de mirar el mundo: la duda entre la razón y el sueño. Juro que la custodiaré mientras viva; y aunque mis ojos solo vean molinos, mi corazón sabrá reconocer gigantes.

El vendaval, mutado en suave brisa, envolvió su cuerpo como brindándole una caricia de despedida. El pacto había quedado sellado.

De regreso a la aldea, Sancho siguió rumiando lo que acababa de vivir. Tal vez la locura de don Quijote se le había pegado como el polvo de los caminos. El aire que hoy había movido los molinos había sido el mismo que un día empujó a su señor a lanzarse contra ellos. Ese viento, caprichoso y libre, guardaba la memoria de don Quijote. Y hoy, sintiéndolo en su cara, le había devuelto la certeza de que cada soplo puede ser un llamado a la aventura.

Convertido en legatario de la misión del caballero, comprendió que le aguardaba mucha labor por delante. Porque, aunque los tiempos avancen, las injusticias permanecen, mudando el rostro como lo hace la codicia insaciable de quienes buscan

devorar al inocente. Y es que, ya se vistan de molinos o de hombres mortales, siempre habrá gigantes a los que combatir.

—Aprieta rucio —murmuró Sancho dibujando una sonrisa fatigada—, que aún nos quedan embestidas por dar.

El asno rebuznó y en ese eco terco, se adivinó también en el aire el espíritu leal de Rocinante.



SOCIEDAD CERVANTINA
DE ALCÁZAR DE SAN JUAN

